

Migración y espacios de reproducción social en La Montaña

Gabriela Barroso*

Vivir en La Montaña (reproducción social)

La población de La Montaña (de Guerrero) es eminentemente indígena y campesina. La actividad principal de esa región es la agricultura de temporal, con prácticas tradicionales que atañen tecnología incipiente. “La agricultura es el tronco a partir del cual se estructura y se diseña la estrategia de la subsistencia rural” (Matías, 2000: 127).

Vivir en La Montaña es reproducir sistemas productivos, sociales y culturales que giran en torno al campo. Este último con carácter de policultivo (frijol, calabaza, en algunos lugares ciertas hortalizas), pero cuyo principal producto es el maíz: morado, colorado, azul, blanco, canario, salteado... mismo que sirve sobre todo para salvar la necesidad de autoconsumo, utilizando el excedente para la venta o intercambio (trueque) en los mercados regionales como Tlapa, Chilapa (donde los domingos los indígenas extienden sus coloridos puestos para realizar intercambio y venta con pobladores de otras etnias y mestizos). En tales mercados se observa también la artesanía que elaboran y venden como complemento a la actividad agropecuaria y como parte de las estrategias económicas de sobrevivencia.

En la actualidad, ser montañero es ser habitante de cualquiera de estos tres pueblos indígenas: nahuas, tlapanecos, mixtecos (Matías, 2000: 31). Sin embargo, para entender los procesos que se viven en La Montaña es preciso considerarla como una región con características generales y comunes que la unifican y con características específicas que rinden cuenta de procesos dinámicos microrregionales o inclusive locales. Los montañeros son los habitantes de La Montaña de Guerrero, los que le

* Coordinadora de Cuerpo Académico, Unidad de Ciencias del Desarrollo Regional, Universidad Autónoma de Guerrero.



han dado forma y los que la seguirán construyendo con sus acciones cotidianas, luchas sociales y proyectos de futuro. En ella, día con día, sus habitantes se realizan, hacen su historia, la personal y la de la región y la moldean (Canabal y Flores, 2004: 6).

Los cambios más radicales vistos en La Montaña en la última década obedecen a la creciente migración a la que han estado expuestos sus habitantes. Las formas de reproducción social en los diferentes espacios, donde ellas y ellos hacen su historia actual, han sido y son impactados por la migración.

Los que se quedan (efectos de la migración)

El proceso de la migración se ha diversificado e intensificado en la última década en La Montaña, lo que ha trastocado la vida cotidiana y las formas de reproducción social. Ante la crisis del agro en la región, la migración ha devenido en la alternativa prioritaria como estrategia de sobrevivencia, frente a un campo que se niega a morir y sobrevive gracias a los procesos dinámicos de reproducción social que sus habitantes reinventan y que se manifiestan en estrategias y acciones concretas de índole económica, social y cultural.

Las remesas internacionales están trastocando incluso espacios como la composición del paisaje: en Xalpatláhuac, “la población está compuesta mayoritariamente por indígenas, con suelos erosionados y casas vistosas” (Cruz y Ferias, 2004: 64). Otro ejemplo es la inversión de remesas en vehículos que son pequeñas camionetas de redilas, las cuales son utilizadas para salir de los pueblos y trasladar mercancía y personas hacia Tlapa —centro político y comercial de La Montaña. Se resuelve así —aunque de manera insuficiente— el problema del transporte en la región. El paisaje luce las camionetitas nuevas y lustrosas repletas de mercancías y personas por los caminos de terracería, zigzagueantes y hartos accidentados, sobre todo en tiempo de lluvias.

Pero también, en la esfera social, la migración ha trastocado espacios de reproducción social, los roles tradicionales de las mujeres se refuncionalizan: si bien los hombres habían jugado un papel preponderante desde una estructura patrifuncional, las mujeres se especializaban en las tareas que diferenciaban y separaban de manera tajante el quehacer femenino del masculino. Con la salida de los hombres —en un primer momento—, las mujeres los suplen en sus tareas



primordiales como el trabajo en el campo, la asistencia a reuniones del pueblo, toman cada vez más decisiones propias desde su perspectiva, lo cual les abre espacios públicos antes negados al sexo femenino. La relación de la mujer frente al hombre ha cambiado, ya que ellas ocupan ahora de manera preferente la jefatura del hogar, lo cual se manifiesta a nivel de la comunidad. Surgen de esta manera ventajas y desventajas comparativas en función de la ausencia del esposo: el incipiente empoderamiento se podría tomar como un derecho ejercido por las mujeres, sin embargo, la cultura tradicional sobre la mujer pesa en las poblaciones donde el marido se ha ido y la esposa no queda libre, sino “al cargo” del hombre más próximo —ya sea el suegro, el cuñado u otro, e incluso, otra mujer— que “cuida” que ésta cumpla sus funciones tradicionales, pero además se añaden las nuevas tareas “ganadas” en los espacios públicos, lo que da paso a la “renegociación de la relación de género y la reedición de la propia identidad femenina” (Maier, 2006: 201). Sin embargo, el trabajo cotidiano para ellas se multiplica, adquiriendo, también, mayores responsabilidades.

Allende La Montaña (permanencia y cambio)

Hoy por hoy, La Montaña de Guerrero es una región comprimida en términos productivos. Sus habitantes se han visto inducidos a salir de sus pueblos para satisfacer la demanda de empleo. Con la migración, las estructuras y formas de reproducción social cambian, se remodelan en un proceso dinámico en el que conviven permanencia y cambio “en términos de acciones sociales” concretas (Canabal, 2005: 104) que fomentan y dirigen a su vez el cambio. Tal proceso dialéctico de permanencia y cambio se reproduce en el lugar de origen —esto es, en todos los pueblos de La Montaña. Pero también se reproduce en los lugares de arribo, según sea el caso. Por ejemplo, en cuanto a los jornaleros agrícolas, quienes no se integran de manera fehaciente —no les interesa hacerlo— como miembros en proceso de asimilación en las sociedades que los reciben: en el noroeste de México (Sinaloa, Baja California, etcétera), o en el centro del país (como en el caso de los jornaleros que van a Morelos). En ese sentido, van a trabajar pero permanecen prácticamente “aislados” en términos de su integración social, porque ellos pertenecen a sus pueblos, a donde regresan, donde nacieron y están asimilados en un sentido de igualdad de oportunidades; finalmente regresan a casa, a sus pueblos, a sus espacios verdaderos.

Sin embargo, cuando las familias adoptan la migración como cambio de residencia, entra en juego, con mayor ímpetu, el rediseñamiento de los patrones de reproducción social. Se trata



entonces del replanteamiento de formas identitarias de ser; ante nuevos espacios, nuevos escenarios. Tal es el caso de los indígenas montañeros que han emigrado a algunas ciudades del mismo estado de Guerrero —Acapulco, Zihuatanejo, Taxco— donde se han visto en la necesidad de renegociar nuevas formas de inserción laboral en las economías locales (con estrategias de desarrollo concretas como es el caso del servicio doméstico, el comercio ambulante, al autoservicio e incluso la prostitución).

También se han visto trastocadas las formas de reproducción social correspondientes a sus pueblos, ante un doble escenario: vivir “aquí” (en el lugar de arribo) pero pertenecer al mismo tiempo al “aquí y al allá”, dicotomía, esta última, que impele a los migrantes al intento de asimilarse en la sociedad de arribo, proceso que puede tardar varias generaciones, como en el caso de los indígenas en Acapulco, cuya primera generación vivió lo más difícil hace aproximadamente 25 años, sin hablar español, con indumentaria, hábitos y costumbres rurales que se diferenciaban mucho del ambiente urbano y turístico al que llegaron.

“Cuando llegamos aquí, yo no hablaba español, me costó mucho trabajo ir a la escuela y aprender en español”, dijo un joven mixteco que actualmente estudia en la Universidad Autónoma de Guerrero. “Cuando llegué a Acapulco, yo tenía nueve años, vendíamos chicles toda la familia”, comenta una señora mixteca cuyo esposo se encuentra actualmente en Estados Unidos (Barroso-Canabal, 2006: 13).

Las formas de reproducción social sufrieron un parteaguas, en tanto los montañeros se insertaban y adaptaban en nuevos espacios, los lugares de arribo (siempre a través de redes de solidaridad compuestas por paisanos y parientes del mismo pueblo), al tiempo que preservaban intacto el lazo de unión con el pueblo origen, en cuyo espacio se recrea la identidad cultural.

La metamorfosis identitaria es más accesible para los menores de edad y para las generaciones venideras, en tanto nacer y/o crecer en un lugar entraña un proceso de adaptación y asimilación más natural. Sin embargo, no fue ni ha sido fácil integrarse en sociedades que privilegian, demandan y giran en torno al lujo, los dólares y el derroche permanente como símbolo de estatus social, elementos que no forman parte, necesariamente, de las sociedades indígenas de La Montaña.



En Acapulco —como en otras muchas ciudades— los indígenas forman el estrato social más pobre y marginado de la ciudad, y, si bien las segundas y terceras generaciones tienen cierto acceso a servicios a los que no acceden en sus pueblos, observan los índices de educación formal (escolar) más bajos, la cobertura de salud no excede al 5% de los indígenas (INEGI, 2000).

Los y las indígenas montañeros en Acapulco, con el paso del tiempo, han implementado formas de reproducción social que van más allá de lo económico. Se han organizado retomando algunas costumbres propias de los pueblos de La Montaña, como la creación de la Comisaría Municipal Indígena en Acapulco. También han logrado construir, con muchos esfuerzos, las pocas escuelas indígenas bilingües existentes, cuya educación se imparte en español/mixteco, español/náhuatl, español/tlapaneco, fomentando el rescate y preservación de la lengua de origen como un legado para las siguientes generaciones, reforzando así la historia común, la identidad colectiva, una identidad que navega a contracorriente en el maremágnum consumista y racista globalizador (Barrera, 2005: 195) de las ciudades de arribo de los montañeros dentro del mismo estado de Guerrero, o de las ciudades norteamericanas (Nueva York, Chicago, Los Ángeles, Carolina del Norte, etcétera) donde hoy se debaten los indígenas mexicanos en lucha por la sobrevivencia.

De tal manera que las formas de reproducción sociocultural giran en torno, también, a una identidad colectiva que afianza sus raíces históricas a pesar de —y debido a— vivir fuera de los pueblos de La Montaña; identidad que se niega a fenecer, al tiempo que se recrea, con ingenio y mucho esfuerzo, a través de prácticas de reproducción social que cohesionan tal colectividad. Estas formas de reproducción social se recrean en la cotidianeidad, en un proceso dialéctico reflejado en la permanencia y el cambio, en el “aquí” (nuevos espacios, nuevas formas de reproducción) y en el “allá” (el pueblo donde fueron enterrados sus ombligos al nacer y donde moran sus ancestros).

